

ción, nos comentaba su preocupación de que su trabajo no fuera entendido en Andalucía. Nada más aparecer en el escenario se vio que el peligro no existía. Los andaluces entienden igual que los aragoneses el milagro de Lamberto o las coplas de Santa Orosia. En definitiva, el "Canto a la libertad" es el mismo para todos los pueblos, y es sintomático que esta canción hiciera encender en el Lope de Vega, por vez primera en Sevilla, las cerillas y los mecheros como signo de solidaridad.

Decir que trescientas personas se quedaron en la calle creo que habla bien a las claras del interés sevillano por el trabajo de Labordeta; nada más empezar a sonar sus canciones, de los altos y empingorotados palcos del Lope de Vega se descolgaron dos banderas: la verde y blanca de Andalucía y la de las barras de Aragón. Las canciones fueron aplaudidas todas y cada una al final de los estribillos. Esto es, que en Sevilla hay un "jugador número 12" de la progresía, dispuesto a desempeñar su papel ritual en esta auténtica selección nacional que el Gorca va a ir presentando en el Lope de Vega, si el tiempo y la autoridad municipal no lo impiden. De este nuevo "jugador número 12" habría mucho que hablar para hacer una sociología política de Andalucía; hasta ahora se le ha convocado sólo para aplaudir la lista de Kubala. Como vengan muchas convocatorias como la del Gorca, ya verán ustedes lo que ese "número 12 democrático" da de sí. ■ ANTONIO BURGOS.

TEATRO

No todo es Madrid

En nuestro comentario al arranque de la temporada teatral madrileña insistíamos en la necesidad de circunscribir su alcance social y geográfico a sus términos reales. Una de las trampas del centralismo consiste precisamente en crear en la periferia un ilusorio sentimiento de participación en lo que ocurre en el centro. El mecanismo

semántico es simple y se apoya en identificaciones abstractas, a través de las cuales se falsea u oculta la realidad concreta. Quizá —y hasta asomarse a muchos de los debates políticos— se trata de un gravísimo problema cultural, por cuanto el mismo lenguaje parece impotente para soslayar la reiteración de las generalizaciones falsas, la identificación entre situaciones y realidades sólo en algún punto semejantes.

Si uno llega a Valencia —como fue mi caso—, frescas en la memoria las ininterrumpidas noches de estreno con que empezó Madrid su temporada, y se encara con la cartelera de la ciudad, tiene la impresión de haber cruzado alguna frontera. Al fin y al cabo Valencia es, por su número de habitantes, la tercera ciudad de España, y por su tradición, si nos atenemos al número de actores allí nacidos y al

cativa presencia de una Compañía de Revistas en el teatro de la Diputación, el Principal, y una Compañía de Ballet en el Nacional, la Princesa. Espectáculos que aun siendo de muy distinta entidad coinciden en su conexión periférica con la ciudad.

Paralelamente, el remozado Valencia Cinema y, en términos menos regulares, el Micalet, intentan crear un público que no se asome esporádicamente a las salas con espíritu turístico. Gente joven, en buena parte universitaria, sigue la programación de ambos lugares, segura de que allí es posible encontrar el teatro que nunca aparece en los dos "grandes" locales de la ciudad, el Principal y la Princesa.

El Principal ha dado los títulos de la temporada. Mucha revista; una comedia "fina", "Pato a la naranja", y un éxito de Madrid, "Equus". En el Nacional guardan silencio, aunque



El Roy Hart Theatre ensaya su versión de "La tempestad", de Shakespeare.

número de salas que tuvo en otras épocas, uno de los lugares en los que el teatro siempre contó con un asentamiento social verdadero. De ahí la significación de su agonía teatral, cuya solución no estaría, claro, en que Valencia se convirtiera en una especie de mini-Madrid, con sus compañías B y la presencia sistemática de los títulos que tuvieron éxito en la capital. Por el contrario, más bien cabría pensar que si el teatro ha llegado en Valencia —como en otras ciudades— al punto en que se encuentra, es precisamente por haber sido tanto tiempo un simple eco de Madrid, sin que estuviera presente la impronta cultural del propio país.

De ahí el progresivo desarraigo del teatro como actividad regular y pública. De ahí la signifi-

no falte el rumor de que la Administración —como ha sucedido con el Monumental de Madrid— piensa devolverle el local a Colzada. El balance, tras el éxito de "Godspell", es negativo. Muchos millones de alquiler para demasiadas noches con el teatro cerrado o muy escasos espectadores. Sin que, por otra parte, se haya producido desde allí el menor estímulo en favor de los grupos y gentes del teatro valenciano.

En cuanto a las otras dos salas, más arraigadas en la ciudad, el Micalet se dedica ahora especialmente a recitales de música o canción los fines de semana. Mientras en el Valencia Cinema, tras realizar el grupo La Cuadra con "Los Palos" una excelente temporada, se anuncia el estreno mundial del nuevo

espectáculo del Roy Hart Theatre, más las actuaciones de Esperpento de Sevilla y de Carnestoltes, que va a intentar aproximar un texto de Molière, de modo semejante a como, con indudable talento, ya hizo con "El jardín de los cerezos", de Chejov. ■ JOSE MONLEON

Jornadas de Teatro de Vigo

Tras celebrar la Mostra de Teatro Gallego —que tuvo su Mostra paralela, como expresión de una disparidad de criterios entre los grupos organizadores y otros grupos del país— en Vigo acaban ahora de cubrir sus ya Quintas Jornadas, con la participación de Caterva, de Gijón; Cizalla, de Madrid; A-71, de Barcelona; Teatro de la Ribera, de Zaragoza; Teatro del Mar, de Valencia; La Picota, de Madrid, y Os Bonacreiros, de Lisboa. Y con la proyección de un documental sobre "Los Palos", de La Cuadra, seguida de un debate sobre el teatro andaluz.

El marco habitual de las Jornadas fue el Auditorium de la Caja de Ahorros, que estuvo absolutamente lleno —pasillos incluidos— en todas las sesiones. Sin embargo, con muy buen criterio, los organizadores procuraron que los grupos actuaran en otras ciudades gallegas y en otros medios sociales.

Personalmente, además de participar en el cordialísimo y largo debate que siguió a la proyección del documental sobre "Los Palos", tuve oportunidad de asistir a varias representaciones. De todas ellas, quizá fuera la de "Bestias del mar", del norteamericano Edward Albee, por el grupo A-71, de Barcelona, la más insólita y, en algunos aspectos, la más estimulante. Imaginen una pequeña sala, con un escenario pequeño, en un edificio nuevo dotado de varios "servicios" culturales. Imagínenlo en un pueblo —era exactamente en Puenteareas— situado a unos cuantos kilómetros de Vigo. E imaginen también la sala llena de un público en su mayoría joven, que se ha metido allí, sin pagar una peseta, a ver teatro. Y que el director, antes de empezar, se dirige al público y le dice que se trata de un grupo catalán, que se expresa en el idioma de su país y que confía en que, aun cuando los espectadores no entiendan el significado de las